



EL ROBO DE LAS LETRAS

Antonio Delgado

EL ROBO DE LAS LETRAS



Primera edición: diciembre 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio Delgado

ISBN: 978-84-10082-36-6

ISBN digital: 978-84-10082-37-3

Depósito legal: M-34427-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Moe, Lucía y Alejandro, los pilares de mi vida.

Índice

Capítulo I: El Caballero Brolí.....	11
Capítulo II. La desaparición de la <i>H</i>	17
Capítulo III: La dama Dospí.....	23
Capítulo IV: La ladrona.....	35
Capítulo V: La mochila de Daniel.....	43
Capítulo VI: Sorpresa en la biblioteca	51
Capítulo VII: El Gabinete de Crisis	59
Capítulo VIII: El Concejo de Ancianos	67
Capítulo IX: El poder de Borriquéitor	71
Capítulo X: La liberación de Abecedón	79
Capítulo XI: No <i>ay</i> dos sin tres.....	85
Capítulo XII: La <i>ekatombe</i>	91
Capítulo XIII: El <i>benerable</i> Alfo.....	97
Capítulo XIV: La <i>kasa</i> del <i>akantilado</i>	101
Capítulo XV: El desafío	111
Capítulo XVI: El desintegrador de partículas.....	121
Capítulo XVII: La amenaza brolí	127
Capítulo XVIII: La despedida.....	137

Capítulo I: El Caballero Brolí

La lluvia caía con fuerza en el exterior de la biblioteca, formando una cortina de agua impenetrable, y los charcos se apoderaban del patio de cemento, amenazando con formar una laguna. Los árboles del otro lado del patio se agitaban por el azote del viento del oeste, que ululaba entre las ramas, batiéndolas a uno y otro lado, y bajaba hasta la zona edificada, lanzando el agua contra las paredes de los dos edificios del instituto, dos moles rectangulares de ladrillo rojo.

A través de los amplios ventanales de la biblioteca, que a duras penas soportaban el asedio del agua, se veía el goteo continuo sobre los charcos a la luz de las farolas. Aún no había amanecido y ni siquiera un tiempo tan desapacible hacía presagiar la cadena de acontecimientos que se desataría aquel mismo día.

Por los pasillos de la vetusta biblioteca, el Caballero Brolí seguía con su ronda nocturna, con los oídos atentos a cualquier ruido. «Ten cuidado esta vez», le había advertido Beto, el Viejo, cuando le encargaron este trabajo, recordándole que el Concejo de Ancianos no le daría otra oportunidad si volvía a meter la pata; como aquella vez en que a punto estuvo de perder la Ñ en un traslado, cuando los hombres del norte querían arrebatársela y hacerla desaparecer por la sencilla razón de que ellos no sabían usarla. La Custodia de las Letras no era cosa que se encargara a cualquier criatura brolí. De hecho, muchos de ellos pasaban la vida en sus quehaceres diarios, almacenando conocimientos, aventurando teorías o, simplemente, fantaseando, imaginando mundos imposibles o idílicos, o ambas

cosas a la vez, inmersos en tareas rutinarias sin saber siquiera de la existencia de la Orden de las Letras, o de la Orden de los Números, ni de sus caballeros y sus damas. Se trataba de una tarea de mucha responsabilidad, pues la Custodia de Las Letras o su Traslado requieren una preparación especial y una dedicación exclusiva, y para alguien como Abecedón, Caballero Protector de la Orden de las Letras desde hacía muchos años, se trataba de todo un honor.

La lluvia repiqueteó con insistencia en la ventana, y Abecedón se detuvo a mirar el ir y venir de las copas de los árboles, los latigazos de luz en el cielo segundos antes de que tronaran las nubes, y las gotas formando arroyos en los cristales, siguiendo cada gota un curso distinto. Miró su reflejo en el cristal de la ventana y se observó con nostalgia. Ya había pasado la forma física de los doscientos años, a pesar de lo cual, todavía era ancho y robusto. Tenía los brazos fuertes y las piernas cortas, medía algo más de cuarenta centímetros, lo cual es mucho para un brolí, y una espesa barba le poblaba el rostro. Desde que nació, allá por las tierras altas, en las planicies donde la cultura brolí era más floreciente, varios siglos atrás, su destino había estado unido a las letras, primero junto a su padre, el Venerable Alfo, cuando él no era más que un retoño y lo veía clasificar, colocar, limpiar y tratar con mimo aquellas cosas de bordes puntiagudos o redondeados; luego, con el correr del tiempo, como Ayudante de Traslado, cada vez que la Academia Madre decidía una mudanza, y más tarde, pasados ya los trescientos años, cuando dejó atrás su fogosa juventud y alcanzó la madurez, como Caballero Protector.

Afuera tronaban los truenos y serpenteaban los relámpagos como culebras nerviosas. Abecedón desenfocó la mirada del cristal para dejar de verse a sí mismo, observó la cortina de agua que caía en el exterior y contempló el cielo ennegrecido, donde una ráfaga de luz, una de aquellas culebras que se retorcían por el cielo, partió la noche en dos más allá de los árboles del otro lado del patio; luego contó mentalmente los segundos, hasta que, por encima del tamborileo incesante de las gotas sobre los cristales, se escuchó el

bramido del último trueno, que le hizo pensar que la madre naturaleza estaba muy enfadada. Dos segundos, quizá tres. La tormenta estaba casi sobre la Gran Urbe Costera y, a juzgar por la intensidad con que llovía, podría decirse que estaba descargando la mayor parte de la masa de agua sobre la biblioteca, el patio, los árboles y el otro edificio que albergaba las aulas que componían el I. E. S. (Instituto de Entretenimiento Social) de Los Árboles Raquíuticos. El Caballero Broli esbozó una sonrisa que más parecía una mueca de amargura al contemplar el conjunto. ¡Cómo habían cambiado las cosas! Recordaba con nostalgia los tiempos en que acompañaba a su padre en una de estas misiones, cuando venir a un I. E. S. era toda una recompensa; por aquellos días en que las cosas no le parecían tan complejas como ahora y su mundo no se hallaba tan convulso. Ahora todo era distinto. Una nueva explosión de luz en el cielo distrajo la atención de Abecedón, que se disponía a seguir con su juego mental, atento al próximo trueno, cuando sus oídos le trajeron un mensaje inesperado: ruido. Para ser más precisos: pasos. Para ser exactos: alguien estaba caminando de puntillas en el otro lado de la sala. Abecedón erizó los espesos bigotes y sus ojos, grandes y penetrantes, escrutaron la oscuridad del pasillo en que se encontraba. La penumbra que tenía ante sí solo era permeada de vez en cuando por uno de los fognazos que provenían del exterior. La suerte era que el Caballero Broli se conocía la biblioteca como la palma de su mano y podía andarla y desandarla con los ojos cerrados. Abecedón saltó del alféizar de la ventana a la cortina y se deslizó por ella hasta el suelo. Luego, de pie en la oscuridad, orientó sus puntiagudas orejas, que eran como dos enormes antenas, hacia el foco del ruido. Permaneció así, quieto, expectante, sin mover un solo músculo de su diminuto corpachón, durante unos segundos, hasta que su fino oído le comunicó que estaba en lo cierto: ruido de pasos en el otro pasillo. Y no eran unos pasos cualesquiera, sino fuertes y pesados. Pasos de humano.

La biblioteca, un rectángulo no demasiado grande, contaba con cuatro hileras de estanterías, separadas entre sí por sendos pasillos,

de tal modo que había una hilera de estanterías fijada a cada uno de los dos lados largos de la forma geométrica y otras dos situadas en el centro, con un pasillo entre cada una de ellas y los laterales. En uno de los dos pasillos laterales se hallaba ahora Abecedón, escrutando la oscuridad, tensando todos los músculos del cuerpo, tanto que hasta los bigotes se le erizaban. Por encima de su cabezota, los estantes se hallaban repletos de legajos, pergaminos, plumas de ave y enseres de escribir, libros viejos de pastas amarillentas, antiguos manuscritos que casi nadie había visto nunca y, sobre todo, el máspreciado tesoro que un Caballero Brolí pudiera custodiar jamás: las letras. No se trataba de unas letras cualesquiera, ni de copias, ni de falsificaciones; no eran objetos de adorno, copiados minuciosamente hasta el último borde, como los que había en todas las bibliotecas humanas. Se trataba de las Letras Auténticas. Las originales. Las genuinas, las que originaron la multitud de combinaciones que luego de ser letras se tornan sílabas y forman palabras para acabar componiendo frases que constituyen la esencia misma del lenguaje humano.

Abecedón volvió a oír, ahora con más nitidez, el sonido de las puntas de unos pies al posarse suavemente en el suelo. Era tan leve el ruido que oírlo no estaba al alcance de cualquier ser humano; pero las orejas puntiagudas y enormes de los brolí les proporcionaban una capacidad auditiva que estaba por encima de cualquier humano. Estaban preparadas para esto y para mucho más. Abecedón se deslizó a lo largo del pasillo en que se encontraba, pegado a la estantería, conteniendo el aliento, al tiempo que cerraba la mano en un puño por si debía descargarlo con fuerza al instante siguiente sobre su todavía desconocido enemigo. Quienquiera que fuese el intruso iba a llevarse una sorpresa. El Caballero Brolí no podía permitirse un nuevo traspié. La última vez, cuando a punto estuvo de perder la Ñ en el traslado que llevó a cabo por las montañas, cuando sufrió una emboscada de los hombres del norte, solo con la ayuda de su querida colega de armas, la joven Dospí, consiguió vencerlos. El Concejo de Ancianos no toleraría ninguna pérdida.

El Caballero Brolí notó de nuevo la tensión en los músculos de brazos y piernas conforme se acercaba al final del pasillo lateral. Sabía que debía enfrentarse con alguien mucho más grande que él y pensó que debía desplegar toda su astucia. Fuera quien fuese, no lo había oído entrar, y solo un sople de aire frío que se colaba entre las estanterías y le golpeaba el cogote le dio a entender que el intruso había entrado por la ventana del fondo. Se maldijo entre dientes por el descuido. Había estado tan ensimismado con la contemplación del ataque del agua y el juego mental para distraer los minutos hasta el amanecer que no se había percatado de la presencia del intruso desde el primer momento. Con la espalda todavía apretada contra los estantes, llegó al final del pasillo, torció a la izquierda con rapidez y desembocó en el corredor central, camino de la puerta de salida. En la oscuridad, sus grandes ojos captaron el contorno difuminado de una figura alta, de torso ancho y apariencia fuerte, cargada con un saco del que sobresalía algo recto y dorado, que ya se dirigía con paso resuelto hacia la puerta de salida. El Caballero Brolí se estremeció al reconocer el contenido del saco y, sin pensarlo un segundo, decidió lanzarse a la carga contra las extremidades inferiores del ladrón. En el momento de iniciar el ataque contra la figura de la puerta, su sexto sentido, el que siempre le permite ventear el peligro mejor que la nariz de un chuchó, le advirtió que había equivocado el blanco y que otro peligro rondaba detrás de él, en la penumbra del pasillo central. Pero ya era demasiado tarde. En ese momento, algo pesado como una losa cayó sobre su cabeza y el Caballero Brolí sintió que las piernas le flaqueaban y la vista se le nublaba hasta verse envuelto en tinieblas, y fue a dar con sus huesos en el suelo, donde quedó inconsciente, sin haber podido imaginar siquiera las consecuencias tan nefastas que traería para todos el robo de la letra *H*.

Capítulo II. La desaparición de la H

La mañana *abía* comenzado para Daniel como todas las mañanas. *Abía* llegado al instituto de los primeros, poco después de las ocho, para evitar los empujones y codazos que le propinaban sus compañeros cada vez que, por *aberse* quedado dormido, llegaba a las ocho y veinticinco. A esa *ora* las escaleras de subida a la segunda planta, donde estaba el aula de 3.º B, eran más peligrosas que un valle en el que se *ubiera* producido una estampida de una manada de búfalos. Era demasiada presión para el cuerpo flaco de Daniel, que se bamboleaba en medio de aquella marea *umana* como si fuera una marioneta. En cambio, llegar temprano tenía sus ventajas. Nada de carreras ni empujones y nada de soportar las bromas de los energúmenos de otras clases, algunos de cuarto, pero sobre todo uno de segundo, repetidor, de nombre Jorge, a quien todos conocían por Borriquéitor, un mote que le pusieron en *onor* a aquel forzudo *superéroe* de mandíbula cuadrada y maneras de matón de las pelis de acción. Daniel se echaba a temblar cada vez que veía asomar el rostro de Jorge, que se asemejaba al de un *Australopithecus* del año catapún.

Daniel llegó a la clase de 3.º B algo mojado a pesar del chubasquero y a pesar de que su padre lo *abía* traído en coche, porque le pillaba de paso camino de la Sede del Gobierno de la Gran Urbe Costera, donde trabajaba de jefazo en uno de los Departamentos Importantes, y se sentó, como solía, en el primer pupitre, junto a la ventana que daba al patio y a la biblioteca, delante mismo de la mesa del profesor. Era su lugar preferido porque se libraba de los

comentarios y las bromas de los que se sentaban más atrás, que no dejaban de llamarlo empollón, o enchufado, o cosas más fuertes. Y porque desde allí tenía una vista magnífica del patio y podía seguir cada día las evoluciones de los que *acían* gimnasia. No es que le interesara la gimnasia. Lo que realmente le gustaba era ver a Cristina corriendo por el patio, saltando, jugando o peleando, pues incluso cuando peleaba la encontraba atractiva. Cristina era como un imán que desplegaba sus ondas magnéticas y atraía la atención de Daniel dondequiera que este estuviera. Después de echar una ojeada al exterior y pensar con pesar que *oy* sería difícil *acer* gimnasia en el patio, Daniel sacó de la mochila el libro de Lengua y Literatura, se ajustó las gafas que le *abían* resbalado nariz abajo y se dispuso a leer un trozo de una poesía de un poeta de muchos siglos atrás, que versaba sobre el dinero y su influencia sobre los *ombres*. Poco a poco, los compañeros de Daniel fueron llegando en un goteo incesante; algunos chorreando, otros algo calados, los menos poco mojados o secos. El suelo se convirtió pronto en una pista de patinaje, merced al agua que todos descargaban con sus paraguas y sus prendas para la lluvia, y el murmullo de los primeros en llegar fue creciendo *asta* convertirse en una algarabía de voces agudas y potentes que sobresalían por encima del movimiento continuo de todos los que allí se encontraban.

La profesora de Lengua, la señorita *Ortensia*, a quien todos llamaban la Besugo, por la forma de sus mofletes, rechonchos y colgantes por ambos lados, llegó tarde, como casi siempre. Resultaba que el tren que la traía desde una zona residencial de las afueras de la Urbe entraba en la estación pasadas las ocho y media, y en el corto paseo *asta* el instituto, con su andar parsimonioso, se le iban no menos de diez minutos.

La señorita *Ortensia*, que vestía un vestido estampado de flores, muy poco acorde con el día que *acía*, saludó a los niños al entrar en el aula, dejó los libros sobre su mesa con sumo cuidado, sin apoyarse en ella, no fuera a ser que le pasara como aquella vez que le pusieron dos patas de la mesa en el borde mismo de la tarima

elevada del profesor, de tal modo que, nada más tocarla, la mesa volcó *acia* delante y la señorita *Ortensia* se fue tras ella y dio con sus *uesos* en el suelo. Aunque aquello fue al principio, cuando comenzó a dar clases en este instituto, no se le olvidaría nunca. Después de depositar los libros sobre la mesa, cogió un rotulador y se puso a mirar la pizarra, como si esta pudiera comunicarle algo, sin saber por dónde empezar, consciente de que todas las miradas estaban puestas en ella, en cómo iba vestida, en la clase de peinado que llevaba —con el pelo recogido en un rodete en la nuca—, en la forma que tenía de dirigirse a sus pupilos. No recordaba qué lección le tocaba *oy*. De *echo*, ni siquiera recordaba por qué diablos *abía* ido a clase en lugar de quedarse en casa con cualquier pretexto, como *acían* algunos compañeros de profesión con cierta frecuencia sin que nadie les pidiera cuentas. O, ya puestos, se preguntaba por qué no colgaba los *ábitos* de una vez, es un decir, y dejaba de dar clase a un montón de jovencitos maleducados que la *umillaban* con sus comentarios y conseguían que sintiera lástima de sí misma por no *aber* tenido la fortuna de tener un rostro más agraciado, como el que ella misma envidiaba en otras mujeres, o por no tener más carácter y ser capaz de enfrentarse a alguno de aquellos energúmenos que la atormentaba con sus bromas.

Después de un minuto de mirar la pizarra, se volvió a la clase y preguntó:

—¿Por dónde íbamos el último día?

—La poesía del dinero, señorita —contestó Daniel, solícito.

La señorita *Ortensia* retomó sus recuerdos, consultó unas notas que tenía sobre la mesa y comenzó a escribir en la pizarra, eso sí, con muy mala letra, un trozo de poesía que comenzaba más o menos así:

Ace mucho el dinero
mucho se le *a* de amar
al torpe *ace* discreto
y *ombre* de respetar

ace correr al cojo
y al mudo le *ace* *ablar*
quien no tiene dinero
no es de ¡sí, Señor!

Daniel se dispuso a copiar la poesía, aunque se la sabía de memoria. No sabía si era cierto eso de que el dinero cambia las voluntades de los *ombres*, pero era algo que no le preocupaba. El dinero no era algo que preocupara en su casa. Papá ganaba mucho, por eso se dedicaba a la política, donde *asta* un patán iletrado y zafio podía llegar a ser alcalde, aunque no fuera este el caso de su padre; y mamá se cuidaba de que en la casa no faltara ni gloria, ni en la despensa, ni en el cuarto de los juguetes. Papá siempre tenía dinero que darle para ir al cine, o para comprar el último videojuego, o para llevarlos a él y a su madre a comer a un restaurante de vez en cuando, donde todos los camareros se desvivían por atenderlos. Tenía sus ventajas eso de formar parte del Gobierno de la Gran Urbe Costera. Aun así, Daniel echaba de menos algo. *Acúa* ya algún tiempo que papá no jugaba con él, ni siquiera a chutar unos balones a una portería o a encestar en la canasta de baloncesto que permanecía lánguida, intocable en un rincón del jardín de su casa. En cuanto a mamá, también estaba siempre muy ocupada. Por las mañanas, el gimnasio y un café con las amigas; luego unas compras en las tiendas de modas del centro comercial; más tarde, supervisar la comida que preparaba Rafaela, la criada, la cual, dicho sea de paso, era pequeñita y rechoncha y andaba siempre de muy mal *umor*. Y por las tardes, otros menesteres que, normalmente, nada tenían que ver con Daniel. En cualquier caso, a él nunca le faltaba de nada, buena ropa, excelente material de clase, incluso una mochila nueva que estrenaba *oy* mismo. No, después de todo, no podía quejarse.

Cuando *ubo* acabado de copiar, Daniel colocó el boli sobre el cuaderno y se puso a mirar por la ventana, dispuesto a cabalgar con la imaginación sobre una nube a lugares exóticos, a países le-

janos donde *abitaran* seres extraordinarios y donde pudiera ganar batallas, ser un *éroe* y conquistar a su amada, la cual se le representaba en sus sueños, invariablemente, con el rostro firme de Cristina. Aunque parecía que la lluvia iba a darles a todos un respiro y, por el color del cielo, se barruntaba que podría abrirse un poco el día, el frío del exterior se filtraba por las rendijas de las maltrechas ventanas del aula. Era esta una asignatura pendiente que tenían todas las aulas, el cambio de las ventanas, pero, como siempre, no *abía* dinero para eso. Es decir, la Junta de Educación del Territorio Administrado, más conocida por sus siglas, JETA, no estaba dispuesta a gastarse dinero en ventanas. «Que se pongan bufandas o que usen estufas», decía el inspector cada vez que venía por aquí. Los jefazos de la JETA sí tenían dinero para tener buenos sueldos, coches caros y guardaespaldas, para la publicidad en la que contaban lo bien que lo estaban *aciendo*, o para otros menesteres más turbios, pero nunca tenían dinero para mejorar las aulas de los institutos, ni para dotarlos de mejor material, ni para nada de nada.

Daniel se estremeció y se subió aún más el cuello alto del jersey, cubriéndose *asta* la barbilla. Paseó la mirada por el patio, de charco en charco, buscando algún entretenimiento visual, *aciendo* tiempo mientras los más rezagados y remolones de la clase copiaban o *acían* como que copiaban lo que estaba escrito en la pizarra, y fue a posarla, como no podía ser de otro modo, en una esbelta figura que corría *acia* la biblioteca con un libro viejo en la mano, pertrechada con una gabardina amarilla, cubierta con un gorro del mismo color. No podía verle el rostro, ni los tirabuzones color azabache cayendo sobre sus *ombros*, pero estaba seguro de quién se trataba. Después de *aberla* observado en tantas ocasiones, no le cabía duda de que aquel cuerpo menudo y vivaracho pertenecía a su adorada Cristina. El trotar de Cristina *acia* la biblioteca duró tan solo unos segundos, pero Daniel retuvo en su retina aquellos pasos vestidos de amarillo, y en los segundos que siguieron, desde que la niña desapareció tras la puerta de la biblioteca, su mente le trajo una y otra vez la misma imagen: la de una niña morena, de

mirada limpia y firme, que caminaba impregnando de alegría todos los lugares por los que pasaba. La vio una y otra vez, en un bucle sin fin, como si su cerebro *ubiera* desconectado todos los sentidos y solo le permitiera ver la imagen de Cristina. A pesar de todo, los ojos atentos de Daniel seguían fijos en la puerta de la biblioteca y, por eso, cuando al poco la vio salir corriendo y *aciendo* aspavientos con las manos y gritando, el cerebro de Daniel desconectó el reboinado continuo y lo alertó. Algo extraño debía de *aber* sucedido. No era propio de Cristina llamar la atención de aquella manera, ni tampoco *uir* de ninguna situación, por complicada que fuera. Daniel la *abía* visto enfrentarse a situaciones tensas sin perder la calma, ya fuera una discusión con un niño más alto y más fuerte o en alguna refriega en las que se veía envuelta de cuando en cuando. Esa era una característica que le atraía mucho de ella, algo que él no poseía: la determinación. Cristina ya no llevaba el libro en la mano y sus gestos y sus gritos captaron la atención de Daniel, que se irguió en su asiento, se ajustó las gafas y siguió con la mirada a la figura de amarillo que se encaminaba, corriendo como una loca, *acia* la zona donde estaban el despacho del director y la sala de profesores, *asta* verla desaparecer casi debajo mismo de la ventana en la que él se encontraba. Entonces miró de nuevo al interior de la clase; a la señorita *Ortensia*, que se afanaba en intentar explicar el sentido de la poesía, que no parecía interesar a muchos de sus alumnos; a la pizarra; al interior de la clase, sin ver nada, y comprendió que algo grave *abía* ocurrido, algo de lo que se enteraría muy pronto: alguien *abía* robado en la biblioteca. Si alguien le *ubiera* dicho entonces lo que cambiaría su vida a partir de aquel día, Daniel no lo *abría* creído.

Capítulo III: La dama Dospí

Cuando el Caballero Broli volvió en sí un buen rato después de caer como un saco al suelo, dos *echos* alertaron su conciencia, a pesar de que todo le daba vueltas. El primero fue verse a sí mismo sentado en el suelo, aturdido, con un dolor espantoso en la cabeza, en la cual un chichón alargado como un pepino comenzaba a abrirse paso entre sus cabellos. El segundo fue la niña morena de cabellos largos y rizados, vestida con un impermeable amarillo, que dejó caer un libro al suelo nada más aparecer en el umbral de la puerta, segundos antes de salir corriendo como si la persiguiera el mismísimo demonio. ¡Por las barbas de Brácoli! ¿Qué podía *aberla* alarmado de ese modo? Abecedón no podía pensar con claridad. Tenía un buen bulto en la cabeza, producto del golpe recibido de no sabía quién, y el dolor ralentizaba sus movimientos. Se encontraba torpe, y sus extremidades, tanto las superiores como las inferiores, no parecían dispuestas a acatar las órdenes enviadas desde su cerebro exigiéndoles movimiento. El dolor en la cabeza lo mantenía atornillado al suelo, preguntándose qué *abía* podido pasar. *Abía* visto al joven con el saco delante de él y, sin embargo, el golpe fue descargado desde atrás, lo cual lo condujo a concluir que el ladrón no *abía* actuado solo. Pero, entonces, ¿por qué no *abía* detectado también la presencia del otro? Los broli eran capaces de detectar la presencia de los *umanos* aún sin verlos gracias a su sexto sentido. ¿Qué podía *aber* fallado? Abecedón comenzó a pensar que tal vez se estaba *aciendo* mayor para estos menesteres. Lo cierto era que le quedaba aún mucho tiempo para pasar a la

Reserva Activa de los caballeros brolí, cuando se ocuparía de tareas menos complejas y dejaría de tener contacto con los *umanos*, pero, si las cosas seguían torciéndose de este modo, el Concejo de Ancianos lo jubilaría antes de tiempo. En aquel momento más que nunca, necesitaba demostrarse a sí mismo que conservaba intactas sus cualidades, después de la decepción que le supuso no *aber* sido capaz de defender la Ñ por sí solo, unos años atrás, cuando una Dama Brolí se las ingenió para sacarlo del atolladero en que se *abía* metido. La Dama Brolí. ¿Qué *abría* sido de ella? No la *abía* vuelto a ver desde entonces, aunque estaba seguro de que andaría cerca de su *ogar*, en el corazón del Bosque Profundo, cuidando a sus criaturas con mimo y preparando aquellas *ierbas* y ungüentos milagrosos capaces de curar todas las *eridas*. Sumido en estas elucubraciones, mientras intentaba incorporarse para cerrar la puerta que el ladrón *abía* dejado abierta de par en par, sus finísimos oídos le trajeron un nuevo mensaje que lo alarmó: la niña que *abía uído* despavorida un par de minutos antes se acercaba de nuevo, y esta vez, a juzgar por la intensidad de las pisadas, acompañada de dos adultos. El Caballero Brolí salió de su momentáneo letargo y comprendió de pronto lo estúpido que *abía* sido. ¡La niña se *abía* asustado porque lo *abía* visto a él! Los *umanos* no están acostumbrados a ver criaturas brolí y muy pocos saben de su existencia. Sin tiempo que perder, de pie, aferrado a la estructura metálica de la estantería para no caerse, Abecedón concentró toda la energía de su mente en conseguir una de las cualidades más sorprendentes de los brolí: la invisibilidad. Normalmente, necesitaba un minuto para lograrlo, pero esta vez tenía que ser incluso más rápido. Un *ormigueo* recorrió todo su cuerpo al comenzar el proceso, primero en la cabeza y el tronco, luego los brazos y las piernas, y finalmente las puntas de los dedos de las manos y los pies. El reguero de *ormigas* que parecía estar recorriendo sus venas se extendía por todos los rincones de su cuerpo, *aciéndolo* desaparecer de forma gradual, como una linterna que pierde intensidad cuando se le acaba la batería, y estaba a punto de desaparecer cuando entró la niña de antes y gritó:

—¡*Aí!* ¡*Aí!* está!

Justo entonces, Abecedón consiguió su objetivo ante la atónita mirada de Cristina, que no dejaba de mirarlo boquiabierta, sin verlo ya.

—¿Y bien? ¿Dónde está? —preguntó uno de los adultos que acababa de entrar.

Era Víctor, el director del I. E. S. de Los Arboles Raquíticos, un *ombre* gordito, de mostacho vencido *acia* abajo por las comisuras de la boca, que usaba gafas grandes y rectangulares.

—¿Dónde está, Cristina? —repitió Víctor, arrimándose las gafas a los ojos con dos dedos para ver mejor la cara boquiabierta de Cristina mientras que otro adulto, la subdirectora Genoveva, aparecía en el umbral.

Ninguno de los dos pareció sorprenderse de que la puerta de la biblioteca estuviese abierta tan temprano. Ambos pensaron que la encargada debía de *aber* llegado antes para arreglar cualquier asunto que tuviera entre manos. Aunque se trataba de una biblioteca a la que no tenían acceso directo los alumnos, pues solo conservaba libros antiguos, legajos, pergaminos y, en general, material obsoleto, y los alumnos necesitaban un permiso por escrito del director para poder acudir allí a retirar cualquier objeto portador de letras, a excepción de las letras mismas, que no podían sacarse bajo ningún concepto.

Cristina no dejaba de señalar el lugar dónde *abía* visto a Abecedón con el brazo extendido, sin poder articular palabra, con los ojos como platos, aturdida, sorprendida y enfadada consigo misma. Tantas *oras* de práctica en el tatami, tanto autocontrol dirigido por un profesor a quien admiraba, tantos movimientos de lucha mientras practicaba artes marciales en el gimnasio, y todo ¿para qué? Para salir corriendo, a las primeras de cambio, como una imbecil, sin pensar siquiera que tenía capacidad para enfrentarse a aquella criatura extraña que la desconcertó. Tenía que *aber* capturado ella misma a la criatura. *Aora* nadie la creería. De *echo*, casi nadie la creyó.

Si Víctor y Genoveva se *ubieran* preocupado de echar un vistazo por la biblioteca, *abrían* comprobado que faltaba la letra H, y, si *ubieran* buscado a la criatura que mencionaba Cristina, podrían *aber* encontrado a Abecedón, pero no lo *icieron*, confiados en su buen juicio de adultos responsables, pensando que lo que tenían delante era solo la imaginación desbordada de una niña que pretendía saltarse alguna que otra clase. En lugar de *acer* esto, cerraron la puerta de la biblioteca tras efectuar una ligera inspección ocular y comprobar que la encargada aún no *abía* llegado y volvieron sobre sus pasos a sus *queaceres* rutinarios. A Víctor no le gustaba que le cambiaran la rutina porque sí. Era *ombre* de costumbres fijas, café con galletas al levantarse, bocadillo de jamón a media mañana, trabajo en el instituto de ocho a tres y fines de semana con los ojos pegados a los deportes en la tele después de quitarse las legañas. Aunque, eso sí, pensó que tenía que darle una lección a Cristina y, por eso, la llevó con él a su despacho, para sermonearla y sacarle cuál era el verdadero motivo para *aber* contado aquella increíble *istoria*, y para que le contara cómo demonios *abía* conseguido abrir la puerta de la biblioteca y cuál era el motivo real que la *abía* llevado *asta* allí, puesto que no contaba con autorización del propio director para retirar ningún libro.

En la biblioteca, Abecedón comenzó a sacudirse el aturdimiento y a caer en la cuenta de que *abía* vuelto a fallar. ¡Le *abían* robado la H! Eso era algo terrible. Debía ponerse en movimiento para capturar a los ladrones, pero no podía dejar la biblioteca sin custodia, por si volvían. *Abía* que pensar algo, aunque al *acerlo* le bullera la cabeza. Después de unas cuantas vueltas al asunto, sopesando pros y contras, decidió que tan solo le quedaba un recurso, aunque le pesara. Debía *acer* algo que no creyó que volviera a necesitar jamás. No tenía más remedio que ponerse en contacto con la Dama Broli y solicitar nuevamente su ayuda. Era la única en la que podía confiar. Bueno, no exactamente la única, también podía confiar en su padre, el Venerable Alfo, pero eso significaría también tener que admitir que le *abían* robado una letra, y una letra importante, por-

que, si le *ubieran* robado la *W*, los *umanos* de esta zona del globo se *abrían* apañado bien sin ella, pues no la usaban mucho, al contrario que los *ombres* del norte. Y admitir ante su padre que le *abían* bir-lado una letra era algo que su orgullo de Caballero Bro-lí no estaba dispuesto a conceder, en parte también porque el Venerable Alfo formaba parte del Concejo de Ancianos y Abecedón no estaba seguro de cuál *abría* sido su respuesta.

Después de cerciorarse de que la puerta de entrada y la ventana del fondo estaban cerradas, el Caballero Bro-lí fue a sentarse sobre la mesa del rincón, la que sirve de escritorio para la bibliotecaria, y se dispuso a comunicarse con Dospí, la Dama Bro-lí, por el mismo procedimiento que *abían* perfeccionado durante siglos los sabios bro-lí. Sentado sobre la mesa, relajó el cuerpo, todos los músculos, desde las puntas de los dedos *asta* las pestañas; se concentró en su interior, sintiendo solo su propia respiración, y se dispuso a enviar el mensaje de petición de ayuda destinado al Bosque Pro-fundo, donde suponía que se *allaba* su colega, pues era el lugar al que volvía siempre que disponía de tiempo para sí misma, a cuidar de sus animales y a preparar sus pócimas. Si Dospí estaba allí, lo recibiría. Ambos estaban entrenados en esto, pero no *abía* muchos bro-lí que fuesen capaces de enviar y recibir mensajes por medio de la telepatía.

Dospí era una Dama Bro-lí de muy buen aspecto, regordeta, que sonreía *asta* con los ojos, menos robusta que Abecedón y algo más pequeña, pues no pasaba de los veintisiete centímetros. Tenía en los ojos el fuego de los bro-lí, del mejor de ellos, el fuego de la pasión y el entendimiento, prendido en sus primeros años y avi-vado en su juventud, aunque era algo más de un centenar de años más joven que el Caballero Bro-lí. Abecedón la *abía* visto pelear solo en una ocasión, cuando acudió al rescate y se batió como un jabato para proteger la *Ñ*, en aquel episodio no tan lejano, allá por las montañas del norte, cuando tuvieron que enfrentarse a un enemigo fuerte y poderoso. Ahora, sin otra misión en lontananza, la joven se encontraba a la puerta de su cabaña, dando de comer

a su criatura alada favorita, de nombre Maplú, a la que montaba de cuando en cuando para disfrutar de las vistas no solo sobre el Bosque Profundo, sino más allá del Río Caudaloso e incluso al otro lado de las Planicies Doradas. Cuando montaba a Maplú, la Dama Brolí sentía que pertenecía a aquel mundo grandioso e impredecible y que aquel mundo también le pertenecía a ella. A pesar de esto, siempre aceptó de buen grado el contacto con los *umanos*. Sabía que estos la necesitaban, a ella y a los suyos.

La criatura alada aceptó con un suave rumor de su garganta las caricias que le prodigaba su dueña, cuando esta detuvo la mano en mitad del plumaje, ladeó la cabeza e irguió las puntiagudas orejas. Al poco, Dospí dirigió la mirada *acia* lo alto, vio oscilar a uno y otro lado las ramas más altas de los árboles y sintió las ondas mentales rozar las copas de los mismos y llegar *asta* ella. Abece-dón. Su colega y amigo volvía a tener problemas. Dospí sonrió. Al Caballero Brolí le costaba reconocer que necesitaba ayuda, y más cuando la ayuda provenía de alguien mucho más joven que, además, *abía* sido recientemente ordenada dama de otra orden, la Orden de los Números. Era notoria la rivalidad entre ambas órdenes, y muy pocos caballeros o damas brolí estaban dispuestos a ayudar a un colega de una orden distinta a la propia. La enemistad entre los defensores de las letras y los de los números venía de siglos atrás, y nadie parecía tener capacidad o voluntad para cambiar esta situación. Pero, para Dospí, no existía tal rivalidad. Tan solo *abía* un mundo que defender, aparte de su propio mundo, y era el mundo del conocimiento *umano*. La Dama Brolí dejó cuanto tenía entre manos, palmeó una vez más el cuello de Maplú, la cual comprendió que ya se *abían* acabado las caricias, y se dispuso a preparar el viaje. El mensaje de su colega no podía *aber* sido más escueto ni más elocuente a la vez: «Necesito ayuda. Instituto de los Árboles Raquíuticos». Dospí volvió a la cabaña y cogió sus utensilios predilectos: el abrecartas que le servía de cuchillo para cortar las verduras, y también de daga para defenderse, llegado el caso, y la bolsa que contenía las *ierbas* que invariablemente viajaban

con ella dondequiera que fuese. Luego se dirigió al baúl de madera que tenía en un rincón, lo abrió y buceó en él *asta* encontrar una caja metálica, no más grande que las que se usan para guardar una pulsera, la abrió y extrajo una cadena dorada con un medallón del tamaño de una moneda antigua. Acarició suavemente el medallón, pasando sus diminutos dedos por el relieve de una de las caras del mismo, donde se *allaba* representado uno de los padres de la cultura brolí, el pequeño Brítoli, recordando los pasos que se dieron para forjar la preciada pieza. Luego se colocó el medallón, cerró el baúl, comprobó que todo estaba en orden en la casa y se dispuso a teletransportarse *asta* la biblioteca donde estaba Abecedón. El medallón podía transportar en el espacio a cualquier brolí que lo portara, pero era una joya que muy pocos conocían. De *echo*, fue el Venerable Alfo, el padre de Abecedón, quien lo acuñó y lo perfeccionó, después de muchos años de investigación, usando para ello el polvo dorado de las Montañas de la Evolución. Desde entonces, tan solo dos criaturas brolí lo *abían* usado en alguna ocasión: el propio Alfo y su discípula más aventajada, aquella en quien confiaba ciegamente: Dospí. Al menos, esto es lo que sabía la Dama Brolí, sin sospechar siquiera que otra criatura se *allaba* al tanto del descubrimiento. Se trataba de un secreto del que ni siquiera el Concejo de Ancianos estaba al corriente, a pesar de que el Venerable Alfo formaba parte del mismo, un experimento que tenía sus detractores, pues *abía* quien afirmaba que, con cada teletransportación, el medallón se guardaba para sí un poquito de la esencia misma de la criatura a la que teletransportaba, de tal modo que, si se efectuaban varios viajes seguidos, el usuario corría el riesgo de perder parte de sí mismo o, incluso, de no volver a encontrarse nunca tal y como fue. En cualquier caso, esto solo eran *ipótesis* sin comprobar, pues el Concejo de Ancianos, ante la duda, *abía* dictaminado la *prohibición* de llegar a acuñar el medallón, *prohibición* que el Venerable Alfo, un apasionado de la investigación, se saltó. Por todo ello, el anciano brolí decidió darle un nombre para referirse a él en presencia de cualquiera sin despertar sospechas, y lo llamó por sus siglas: TOBI

o, lo que es lo mismo, Teletransportador de Organismos Broli Individuales, el cual les permitía desplazarse a cualquier distancia en cuestión de segundos. *Acía* mucho tiempo que la Dama Broli no veía a Abecedón y, segundos antes de emprender el viaje, se preguntó si su amigo y colega *abría* cambiado mucho. Tan solo tardó unos minutos en comprobarlo.

—De modo que esa niña te vio, ¿no es eso? —dijo Dospí mientras apretaba con la mano un trapo empapado en un mejunje aromático sobre la *erida* en la cabeza de Abecedón.

—Eso no importa mucho —dijo este—. Seguramente nadie la creerá, ya sabes cómo son los *umanos*. Si lo que ven se sale de los parámetros científicos que ellos usan y veneran, entonces piensan que no *an* visto lo que *an* visto o que, si lo *an* visto, es una alucinación o es que se están volviendo locos. Lo peor es el robo de la letra.

—¿Cuál dices que *a* sido?

—La *H*. ¿Te das cuenta? ¿Cómo van a vivir sin ella?

—*Ombre*, vivir, lo que se dice vivir, podrán. Es la letra que menos usan en esta zona del globo. Quiero decir que la escriben, sí, pero ya no representa ningún sonido como en los tiempos de Beto El Viejo. Aun así, no deja de ser un trastorno —argumentó la Dama Broli mientras mantenía el trapo apretado con fuerza sobre la *erida* en la cabeza de su colega, quien no dejaba de componer muecas de dolor.

—Es un desastre. Pero sé por dónde empezar a buscar —dijo Abecedón con determinación.

—¿Viste a quien se la llevó?

—Sí. Era un joven alto y fuerte que estudia en... —El Caballero Broli *izó* una breve pausa y añadió—: Es decir, que viene a este instituto. Es más, si no me equivoco, por la pinta, me parece que es uno de los que juegan al fútbol sala en el equipo del instituto. Tendré que buscarlo.

—Tendremos, querrás decir. Para eso me *as* llamado, ¿no?

—No, tú debes quedarte aquí a custodiar las otras letras. Por eso te *e* llamo. *Ace* unos años me *iciste* un gran servicio, cuando lo de la *Ñ*, y *e* aprendido a confiar en ti casi tanto como mi padre. —A veces, Abecedón sentía envidia de Dospí, pues su padre no lo *abía* tratado a él nunca como la trataba a ella—. Por otra parte, no quiero que se enteren en la Academia Madre, si no...

Abecedón se pasó el pulgar por la garganta, de izquierda a derecha, a modo de finalización de esta última frase.

—¿Lo sabe el Venerable Alfo?

—No. Mi padre no se lo tomaría tan bien como tú. Empezaría a decirme que siempre estoy pensando en las musarañas, que los juegos mentales me pierden, que no pongo todos mis sentidos en mi deber, etcétera, etcétera —expuso el Caballero Brolí con cierta amargura.

Dospí sabía que eso era cierto, pero no sería ella quien se lo restregara por la cara al bueno de Abecedón. *Abía* aprendido a apreciarlo y *abía* comprendido que entre padre e *ijo* existía una relación tensa, un tira y afloja continuo que los *acía* enfrentarse por casi cualquier cosa. En ocasiones, cuando los *abía* visto discutir en los tiempos en que ambos eran alumnos del Venerable Alfo, Dospí tenía la impresión de que el anciano era demasiado severo con su *ijo*. Pero no era menos cierto que Abecedón era capaz de caer en los mayores despistes. Le encantaban los juegos mentales y, cada vez que alguien le proponía uno, o cuando él mismo se lo buscaba, como *izjo* cuando contó mentalmente los segundos que tardaba el trueno en llegar después del relámpago, se olvidaba de cuanto tenía a su alrededor y su mente lo llevaba por los vericuetos del problema en cuestión y lo alejaba de la realidad. Dospí intentó tranquilizarlo, alejar de su mente el sentimiento de culpabilidad, y comenzó a *ablarle* de cuando lo conoció, cuando ella era solo un retoño y él ya era un adolescente soñador.

—¿Te acuerdas? —decía Dospí—. Ya entonces, con solo cincuenta años, sabía más matemáticas que tú.

Abecedón torció los bigotes, enarcó las cejas y la miró ofendido.

—Ni lo sueñes —dijo—. Nunca *e* sido peor que tú en matemáticas, y menos cuando tú aún eras una mocosa.

—¿A, no? —Dospí miró a su colega y la astucia acudió a sus ojos chispeantes porque *abía* atisbado una posibilidad de *acerle* olvidar su preocupación, y decidió proponerle un desafío que sería incapaz de rechazar—. Entonces, solúcióname este problema, si eres capaz...

—¿Cómo que si soy capaz? Pues claro que soy capaz, ¿qué te crees?

—Está bien. Allá va entonces. Tú tienes trescientos once años, ¿verdad? —Abecedón asintió, moviendo penosamente la cabeza—, pero seguro que ya no recuerdas la edad de tu padre, el Venerable Alfo.

Abecedón se rascó la cabeza, pensativo. Le *alagaba* que Dospí recordara su edad con exactitud, pero no tenía ni la más remota idea de la edad de su padre. Nunca se le ocurrió preguntárselo. En cualquier caso, el problema no le pareció complicado.

—Espera, no te *agas* ilusiones —le dijo Dospí, como si le *ubiera* leído el pensamiento—. El problema es otro. Atiende. Tu padre tiene el triple de mi edad. Si tuviera trescientos años menos y yo ochenta años más, los dos tendríamos la misma edad. ¿Qué edad tiene el Venerable Alfo? ¿Y cuántos años tengo yo?

Abecedón se rascó la cabeza de nuevo por la parte que no tenía chichón y comprendió que se *abía* metido en un atolladero por afirmar que era mejor que su colega en matemáticas, algo que no sería cierto ni en sus mejores sueños; no en vano la Dama Brolí se *abía* incorporado recientemente a la Orden de los Números, destacando siempre por su rapidez en el cálculo mental, algo solo reservado a los privilegiados, y por su capacidad para resolver cualquier problema en el que *ubiera* números de por medio.

—Dime una cosa —dijo el Caballero Brolí, intentando ganar tiempo, mientras un rinconcito de su mente se afanaba con el planteamiento: «mi padre, X, ella Y, a ver...»—. ¿Por qué no te *an* enviado todavía a custodiar los números? —«luego el valor de X y el valor de Y son, a ver...».

—Dicen que aún soy joven y no estoy bien preparada. Me llamarán para un próximo Traslado, pero, de momento, no *ay* vacantes en la Custodia.

Abecedón no encontraba el camino para la solución del problema, aunque el cerebro le echaba *umo*, ¿cómo era la maldita ecuación?, porque debe ser una ecuación, a ver..., necesitaba ganar más tiempo. Una ecuación, si es que era ese el planteamiento, por sencilla que fuera, requería de todo su esfuerzo. No era lo mismo que memorizar un texto o recitar una poesía, que para eso se bastaba y sobraba el Caballero Broli. Era capaz de recordarlas a cientos, y una estrofa le llevaba siempre a la otra, pero los números, los números eran otro cantar, por lo que decidió cambiar de tercio para ganar el tiempo que necesitaba para un buen planteamiento del problema.

—Creo que debemos concentrarnos en encontrar la letra —dijo sin mucha convicción al tiempo que se afanaba en colocar la incógnita y en darle su valor.

—Esa es tarea tuya. Yo te esperaré aquí, pero apuesto lo que quieras a que no puedes resolver el problema que te *e* planteado.

—Ya veremos —gruñó el Caballero Broli y procedió a contarle a Dospí los planes que tenía para poder recuperar la preciada letra *H*.

